

Las ruinas de la necrópolis del puerto de Cobija: saqueos, tesoros y la cleptomanía necrófila chilena

Damir Galaz-Mandakovic*

The ruins of the necropolis of the port of Cobija: looting, treasures and Chilean necrophilous kleptomania

Resumen. En este artículo, a partir de variadas fuentes, se reseña la etapa chilena del puerto de Cobija, centrando la atención en el devenir del cementerio, visibilizando las infaustas y nefandas actitudes de una parte de la sociedad chilena que impactó fuertemente en la memoria material y simbólica de la necrópolis del antiguo puerto boliviano. Dichas acciones se interpretan como la construcción de una artificiosa alteridad cultural y política que facilitó la continuación de los despojos. En ese contexto, también se entregan los antecedentes sobre un ritual femenino contemporáneo que busca resarcir aquellos daños.

Palabras clave. <Cobija> <Litoral boliviano> <Tocopilla> <Profanación de cementerio> <Posguerra del Pacífico>

Abstract. This article reviews the Chilean stage of the port of Cobija, through various sources. It focuses on the elapse of the cemetery, making visible the unfortunate and reprehensible attitudes of a part of Chilean society that strongly impacted the material and symbolic memory of the necropolis of the former Bolivian port. These actions are interpreted as the construction of an artificial cultural and political otherness that helped the persistence of the plunders. In this context, the background on a contemporary feminine ritual that seeks to compensate those damages is given.

Keywords. <Cobija> <Bolivian coast> <Tocopilla> <Desecration of a cemetery> <Post war of Pacific>

* Es profesor, magíster y doctor en Historia. También es magíster y doctor en Antropología. Se desempeña como investigador asociado en la Universidad de Tarapacá, Chile. damirgalaz@gmail.com

[...] Si de la nada fuiste a la nada
 Se tornó soberbia, altiva, fiera...
 Y de un entorno azote castigada,
 Fué la sentencia que mi Dios te diera,
 Y al otorgarte inexorable fallo:
 Dijo el Océano ¡castigad la falta!
 Y el mar se encrespa fiero al nuevo mayo
 Y un solo empuje sus barreras salta...
 Como un encanto, la ciudad hermosa,
 Por el mar es barrida de repente,
 Y el mismo mar que en su maldad goza
 Dejó la maldición sobre tu frente.
 Y esculpida hoy la lee el peregrino,
 Que de mar sus muros se cobijan;
 Mientras el mar arrulla su destino.

(Juan Gardaix, 1924)

Introducción

El puerto de Cobija, formalmente llamado Puerto Lamar por el Estado boliviano, fue constituido el 28 diciembre de 1825 por orden de Simón Bolívar. Desde entonces devino en el principal puerto de Bolivia en el océano Pacífico. La exportación de producción argentífera, cuprífera y también de cuero argentino dinamizaron intensos flujos navieros que auxiliaron la articulación con el capitalismo global decimonónico. Cobija facilitó, a través de una extensa ruta, la internación de diversas mercaderías para el consumo en el mercado de Bolivia y del norte de Argentina. Gracias a dichos dinamismos surgió una urbe en la costa (Galaz-Mandakovic, 2022).

El diario paceño *El Ferrocarril* la adjetivó así el 19 de mayo de 1877: “La madre del litoral, bajo cuya *éjida* y á su abrigo han surjido los demás pueblos de la costa”. De ese modo surgió una metrópolis, pero también se construía su opuesto, la necrópolis; dos modos de gestión de los cuerpos, vivos y muertos, en la costa comercial minera y boliviana de Atacama.

Con el cese de actividades en el puerto y el fin de su vida urbana, se originó una borradora tangible, pero no solo fue un efecto del terremoto y maremoto (1877), de la guerra del Pacífico (1879) y por la política chilena de posguerra, sino también por la acción inescrupulosa de chilenos y de chilenas que arrasaron con todas las huellas materiales de aquel puerto, especialmente sobre las arquitecturas

De ese modo surgió una metrópolis, pero también se construía su opuesto, la necrópolis; dos modos de gestión de los cuerpos, vivos y muertos, en la costa comercial minera y boliviana de Atacama.

sepulcrales del cementerio de Cobija: verdadero archivo bioantropológico de los antiguos habitantes de litoral boliviano.

De esa manera, la necrópolis costera ha atestado un impudoroso saqueo y destrucción durante todo el siglo XX. Un afán siniestro de lujos y de elementos suntuarios que avanzó destruyendo cada una de las sepulturas. Ante el cese del puerto quedaron sus huellas, sus archivos de adobe y sus vialidades internas; su población, en su mayoría, desertó del territorio. Claramente todos se fueron, pero quedaron los muertos en el litoral.

Desmantelamientos portuarios

Después del dificultoso trienio 1877-1879, la vida cobijeña nunca más sería la misma. El terremoto y maremoto del 9 de mayo de 1877, y la consabida invasión chilena del 22 de marzo de 1879 no solo afectaron irremisiblemente las actividades portuarias, sino también la propia vida cotidiana de Cobija y la demografía del sector.

Si bien el puerto no fue completamente borrado en aquel trienio, desde entonces devino una declinación definitiva de Cobija, auxiliada con el surgimiento del mineral de Gatico (a 10 kilómetros al norte de Cobija), que alcanzó una industrialización hacia 1905, lo que estimuló una transformación territorial en términos económicos, demográficos y políticos. El municipio de Cobija, creado en 1894, ya había sido trasladado a Gatico en 1902. Era una consecuencia de la migración de los cobijeños hacia el pujante mineral y el puerto con fundición (Galaz-Mandakovic, 2020). Además, Cobija recibió un golpe de gracia en 1913 por intermedio de una agencia comunitaria nacionalista y antiboliviana en Tocopilla, que evitó el resurgimiento del puerto mediante un proyecto relacionado con Chuquicamata y la familia Guggenheim de Nueva York. Dicho proyecto buscaba revitalizar la desmejorada comu-

nidad de Cobija con una potente termoeléctrica para energizar al mineral de Chuquicamata que, desde 1915, sería el centro minero de cobre más grande del mundo. Los Guggenheim también habían proyectado la construcción de un ferrocarril para exportar la producción de cobre refinado a través de Cobija. Finalmente, todo quedó en nada (Galaz-Mandakovic, 2020; 2022).

No obstante, gracias al proyecto minero de Gatico, que incluyó una importante producción cuprífera, junto a un proceso de urbanización y de articulación de flujos navieros, el territorio de Cobija y su zona de adyacencia comenzaron a definirse como un espacio marcado por el tránsito abierto y de movilidad poblacional que, en la práctica, significó la dispersión demográfica en las minas de cobre aledañas al puerto y también la distribución de la población en algunas calcatas que contaban con fundiciones de cobre, tales como Guanillos y Bandurrias.

En el expuerto Lamar, hacia 1883 se calculaba una población de 2.000 personas (Pomar, 1887); en 1884 eran 509 habitantes (*El Industrial*, 8 de julio 1884); en 1885 había 429 residentes (censo de Chile de 1885); en el siguiente censo de 1895 el registro llegaba a 260 habitantes; en 1900 había 225 personas viviendo en la rada (*El Industrial*, 5 de mayo de 1900); en 1902 sumaban 206 personas (Collao, 2001); en 1907 se contaban 35 almas (censo de 1907); en 1908 quedaban 30 habitantes (*Mercurio de Valparaíso*, 19 de octubre de 1908); y hacia 1920 la cifra mostraba un descenso demográfico casi total: 8 personas (censo de ese año).

Cementerio, el archivo profanado

Nelson Boyd, viajero inglés, probablemente ingeniero, realizó algunos comentarios sobre el cementerio de Cobija indicando: “El cementerio grande en la colina tiene un aspecto muy melancólico con sus murallas quebradas en muchos sitios y con las lápidas o caídas en el suelo o inclinadas sobre las fosas vacías” (1881, p. 79). Ya en esa época denunció algunos daños: “el suelo estaba tan quebrado que las osamentas de las tumbas no muy profundas estaban esparcidas en la superficie” (*Ibidem*).

Efectivamente, el cementerio, de propiedad parroquial¹, estaba situado al norte del poblado de Cobija, en el camino que iba hacia Gatico y Tocopilla. El camposanto tenía un diseño rectangular orientado de sur a norte, poseyendo un largo de 130 metros con 85 metros de ancho. La puerta de la necrópolis tenía una distancia de 150 metros lineales con el mar.

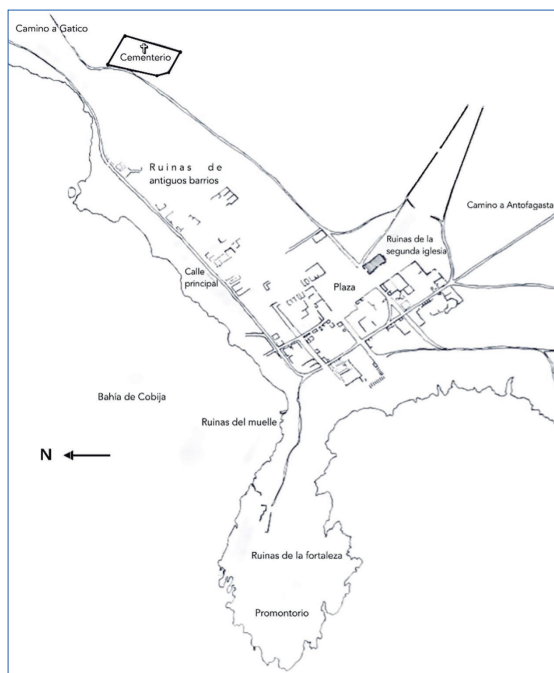
Después de la industrialización de Gatico y de la dispersión de la población de Cobija en las minas de la cordillera de la costa, el desierto costero, especialmente a continuación de la crisis minería internacional de 1921, comenzó a quedar vacío: “Cobija vive sólo con sus muertos. De tarde en tarde alguien venido no se sabe de dónde, llega a ocupar un sitio en el cementerio que mira el mar y que es lo único vivo que queda en el puerto” (San Martín, 1972, p. 40). Aquel oxímoron entre cementerio y vida refleja la declinación comunitaria, portuaria y demográfica de Cobija (esquema 1, página 49).

Hacia 1920 un sacerdote radicado en Gatico mencionó: “El cementerio situado al norte de Cobija, está recostado en una colina baja y plana y, sus tumbas y mausoleos fueron bien cuidados durante el gobierno de Bolivia; mucha profusión de estatuas y jarrones de riquísimo mármol” (González Ferrúz, 1920, p. 287).

Aquellas materialidades despertaron “la voracidad de los profanadores de tumbas con el fin de extraer lo valioso que ellas poseían, no trepidó en su destrucción” (Flores, Rivera y Rivera, 2005, p. 209).

1 En 1852 un grupo de cobijeños presentó un reclamo contra el cura Pedro Arze por el alto precio de los aranceles para los entierros en el cementerio. Según una correspondencia publicada el 4 de noviembre de 1952 en el diario *El Eco de la Opinión*, en el caso de un peón sin familia que fue asesinado en Tocopilla y sepultado en Cobija, se les cobró a los compañeros de trabajo 103 pesos, un dineral para la época: “no alcanzamos a comprender cómo un infeliz jornalero no sea acreedor a la caridad de la iglesia”, menciona la carta. Dicha suma, “tan crecido derecho”, fue considerada como una estafa. Por tales razones exigían el establecimiento de un arancel fijo. El diario agregaba: “Por las averiguaciones que se hicieron se sabe que el finado tenía un relojito de plata y algunos devengados por sus trabajos cuyos ajustes [...] se nos asegura por sus compañeros alcanzarían a 40 ó 50 pesos. He aquí todos los bienes que parece han sido entregados a nuestro cura” (*Ibidem*).

Esquema 1: Plano de las ruinas del puerto de Cobija



Fuente: Elaboración propia.

Así fueron surgiendo imágenes lóbregas de la acción humana: “La nota más desolada la da el cementerio que es un osario sobre otro osario. Está al lado del desierto” (Acevedo, 1931, p. 105). El cronista chileno Antonio Acevedo recorrió aquel litoral en el segundo lustro de la década de 1920, por lo que comentó: “Este cementerio fue suntuoso; grandes apellidos bolivianos están medio impresos aún en las lápidas, cubiertas de yerbas bravas, calcinadas por el sol” (1931, p. 105).

Carlos Illanes, delegado municipal de Gatico, dependiente de la municipalidad de Tocopilla, en 1927 informaba al alcalde de Tocopilla, Osvaldo Cornejo Morales, sobre una visita realizada al cementerio en el marco de las numerosas denuncias que llegaban a Gatico sobre las “macabras profanaciones” cometidas en Cobija. Dichas denuncias fueron realizadas por los habitantes de Gatico, que eran familiares de los difuntos cobijeños. El documento explicita que los denunciantes se sienten:

[...] profundamente conmovidos y molestos ante el salvaje saqueo y destrucción de que se está haciendo víctima al mencionado cementerio, en el cual se han cometido actos tan

punibles como la exhumación de cadáveres, destrucción o robo de lápidas y esculturas (Archivo Gobernación de Tocopilla - AGT, 17 de junio de 1927).

Dicho delegado solicitaba autorización para enviar a Cobija a algunos operarios municipales para “re-sepultar los cadáveres que hay diseminados y clausurar convenientemente algunas sepulturas que han sido violadas. También habría necesidad que se me enviara [...] un buen candado para cerrar la puerta del cementerio” (*Ibidem*). Ciertamente, esa última petición sería infructuosa, ya que los muros de adobe del cementerio fueron erosionándose, lo que significó la pérdida de altura, situación que aumentó la vulnerabilidad del camposanto.

En septiembre de 1927, el citado delegado Illanes comunicaba al nuevo alcalde de Tocopilla, Francisco Choloux, que en los meses precedentes se habían realizado sendas limpiezas en el cementerio:

[...] en el cual había diseminadas osamentas por todas partes, [y] se habían destruido muchas tumbas. Se procedió a sepultar nuevamente todos aquellos restos, se clausuraron los nichos que habían sido violados y finalmente se puso en el cementerio un letrero pidiendo a los visitantes un poco más de respetos para ese lugar (AGT, 25 de septiembre de 1927).

Antonio Acevedo reprodujo el contenido de aquel letrero: “Se suplica a los que aquí vengan que no profanen las tumbas y dejen a los muertos dormir en paz su último sueño” (1931, p. 105). Según este narrador, dicho aviso tenía *todo el sentido de un miserere*: “Este cementerio [...] ha sido arrasado por ladrones de toda especie. Y el bandalaje no ha quedado allí: hay quienes a pedradas han destruido las hermosas tumbas” (*Ibidem*, p. 105).

La delegación rural de Gatico solicitó al municipio de Tocopilla recursos económicos para fortalecer algunos muros. No obstante, esos arreglos serían luego afectados por el aluvión del 12 de julio de 1928, que derribó varias paredes y dañó irremediablemente los sepulcros.

Entonces, como puede advertirse, la escena de la posguerra era grotesca, pernicioso y, sobre todo,

(...) hordas de mineros y de forasteros, con pala en mano, cavaban tumbas sin ningún pudor y hurgaban en los cadáveres para hallar algún “tesoro” que pudiera ser reducido en el mercado informal.

reflejaba una patología sociológica de los chilenos: una necesidad de robo que administraba una necrofilia en un cementerio abandonado y sin vigilancia. Conseguir un diente de oro, algún reloj, alguna joya o una chaqueta eran objetivos suficientes para remover un cadáver y ultrajarlo. Así que, hordas de mineros y de forasteros, con pala en mano, cavaban tumbas sin ningún pudor y hurgaban en los cadáveres para hallar algún “tesoro” que pudiera ser reducido en el mercado informal. Sus efectos eran conmovedores en la destrucción de ataúdes y la fusión desordenada de huesos cubiertos por paños y telas erosionadas que quedaban expuestos en la superficie.

Los buscadores de entierros

Cobija no solo contó con un cotizado y arrasado cementerio para los profanadores que buscaban, quizás, dientes de oro, pulseras, anillos, cadenas, botones, relojes, sedas, zapatos, ropa, sino que, después de la invasión chilena, todos sus terrenos adyacentes también comenzaron a ser examinados y excavados ante la supuesta presencia de *entierros de tesoros*. Imaginarios piratas alimentaban una discursividad contagiosa. Era una sociología del rumor.

Según el periódico *El Diario* del 3 de febrero de 1952, Cobija atestiguaba la presencia de variados personajes que iban moviendo y removiendo tierras y tumbas para hallar soñadas joyas y tesoros, “trabajo que ya ha sido ejecutado desde 1877 [...] esa tierra de desechos de adobe y paja aun da sorpresas a los excavadores, así como desengaño a otros, que mucho excavaron y nada encontraron”. “Muchos han hecho fortuna con los entierros: yo tengo tanto derecho como cualesquiera”, dijo Juan Gardaix, poeta de Gatico, al escritor chileno Antonio Acevedo (1931, p. 103).

Gardaix, que también era funcionario de la delegación de Gatico, agregó: “esta tierra fue reducto de

piratas; en la cueva que se llama El Pirata, se han encontrado indicios que demuestran que no estoy mal informado. Tienen que haber aquí inmensas riquezas” (*Ibidem*). Así, tras la búsqueda de aquellos tesoros:

[...] se ha llegado a profanar el cementerio de Cobija, que se encuentra todo removido, y en donde se ven montones de tierra y esqueletos. En este cementerio se encontraban varias personas ilustres del interior de la República de Bolivia, que quedaron sepultadas en ese cementerio, y cuyos restos no fueron exhumados por sus familiares (*El Diario*, 3 de febrero de 1952).

En efecto, uno de los destacados mausoleos correspondía al coronel Vicente Urdininea (fallecido en 1865), construido enteramente de mármol en 1867, gracias a la gestión de Quintín Quevedo².

La búsqueda de tesoros generó improductivos trabajos:

Se cuenta que allí existía antes un petroglifo que modelaba unas llamas, que todos suponían grabadas para indicar el sitio de algún tesoro fabuloso. Un roto llegó allí, y engañado, como todos por las señales, buscó inútilmente, hasta que aburrido optó por retirarse, pero al hacerlo destruyó con dinamita el petroglifo a fin de que no engañara más a nadie (Acevedo, 1931, p. 104).

Aquellos buscadores de tesoros y destructores de mausoleos eran los nuevos nómadas de la costa, viviendo “entre medio de breñas o bajos aleros improvisados construidos con materiales ligeros, de sombras de tarros bencineros, papel y sacos” (*El Diario*, 3 de febrero de 1952).

Lo que más se buscaba y se ansiaba encontrar eran los tesoros que fueron supuestamente diseminados por el mar aquel 9 de mayo de 1877, según opinión de unos, o enterrados por los grandes derrumbes

2 Dicho cuerpo del coronel fue trasladado al cementerio de Antofagasta junto a una columna de mármol que existe hasta nuestros días y cuya inscripción indica: “Bolivia. Al coronel Vicente Urdininea. Cobija, 7 de noviembre de 1865”.

de tierra y las aberturas de esta en el terremoto del mismo año, según otros.

El *vox populi* chileno indicaba que en las ruinas de Cobija estaban sepultados los cálices de oro de la iglesia, que fueron donados por el conde Gondourvil (cónsul de Francia entre 1859 y 1860); la caja de fondos del Tesoro Público, que contenía varias monedas de oro y de plata; las valiosas joyas de la familia del brigadier español James; la carga en lingotes de plata que traían los arrieros de Potosí y también de la Compañía Huanchaca, cuyas mulas fueron arrastradas por las aguas y otras sepultadas en el camino de bajada al puerto; la valiosa platería de Pedro López Gama, primo hermano del emperador de Brasil, Pedro II; las monedas de oro que traía el recién llegado barón Arnoux de la Rivière, personaje de gran figuración después en Mejillones y además millonario; y, finalmente, las valiosas joyas de oro y de plata de las demás distinguidas familias sucrenses que se habían radicado definitivamente en Cobija (*Ibidem*). Agréguese algunos fusiles perdidos que habían sido internados por el francés Domingo Latrille desde 1843.

La edición del 3 de febrero de 1952 de *El Diario* decía que fueron encontrados de modo aleatorio y disperso:

[...] en excavaciones realizadas en el camino que salía de Cobija a Potosí (zona de Gatico), en la parte de bajada al puerto, algunos lingotes de plata, osamentas de mulas y esqueletos de seres humanos. También se han descubierto pequeñas cajas conteniendo joyas antiguas de escasos valores, con algunos topos de oro, plata y perlas.

Un empleado del vicecónsul británico en Tocopilla, Carlos Nicholls, que también era explotador de minas de cobre en los cerros de Cobija, encontró un collar de perlas, el cual fue vendido a un capitán de barco por una generosa suma de dinero. También se mencionaba el hallazgo de barras de plata, quizás provenientes de la mina Pulacayo, “seguramente botadas por las mulas que corrieron espantadas en el cataclismo de 1877, ya que se encontraron a corta distancia varias osamentas de animales” (*Ibidem*).

Del mismo modo, se hablaba sobre un “indio boliviano” de esos que “el dolor, la añoranza y la coca han hecho silenciosos y en cuyos ojos de fulgor manso, naufragan todas las expresiones” (Acevedo, 1931, p. 104). Aquel personaje aparecía esporádicamente y vendía oro en porciones o cortado con cincel, y, junto con cantar canciones arcanas como el desierto, se perdía en los caminos de los cerros. Muchos, por la codicia, lo siguieron inútilmente.

Fue entonces que la zona cobijeña comenzó a coleccionar una importante cantidad de agujeros que daban las pistas de las incesantes exploraciones. Por su parte, el cementerio seguía atestiguando la profanación. Un segundo letrero instalado en la necrópolis imploraba: “Visitante: si lo deseas entra a este sagrado recinto donde aún perdura la piadosa demostración del afecto humano pero no continúes la salvaje profanación que manos criminales empezaron”. Al poco tiempo de colocado, el letrero también fue demolido por los mismos a quienes interpelaba.



Letrero instalado en el cementerio de Cobija. Fotografía del archivo personal de Damir Galaz-Mandakovic.

Construcción de alteridad

Así como el arqueólogo desarma, despoja y sustrae materiales y cuerpos desde las tumbas, en *nombre de la ciencia*, la autorización para intervenir tumbas es un consenso social, porque lo hace con un *otro*, con alguien que no es de los suyos y que pertenece a otros tiempos que superan su escala biográfica. Así, la escena no es, supuestamente, oprobiosa.

Quizás es lo que ocurrió con esos chilenos de la primera mitad del siglo XX, que vieron en aquellas tumbas a un *otro*, supuestamente a alguien de *otra cultura*. En efecto, elaboraron discursivamente una alteridad, una definición en el marco del *ego* (chileno) y el *alter* (boliviano). Existió una operacionalización discursiva y factual que administró esa diferenciación artificiosa en el marco del nacionalismo y de la xenofobia chilena.

Tal como afirma el antropólogo Héctor Morales, en ese tipo de relaciones se va estableciendo “una dinámica rígida de inclusión y exclusión no sin contradicciones y paradojas en el imaginario nacional chileno” (2013, p. 161). Asimismo, fue la expresión local de la idea nacional de “familia mítica creada por los historiadores del Ejército de Chile” (Vidal, 1989, p. 71), una peligrosa metáfora para la colonización con una secuela de dislocación, mutilación o eliminación, lo que implicó una “larga serie de polaridades binarias” (*Ibidem*, p. 23), cuyos mitos basales tienden a definir destinos unilineales.

Ese *otro* fue el depositario de estrategias no solo de regulación y de intervención. Lo más complejo es ver que la construcción de la chilenidad fue con base en un sujeto “ausente”, desde un sujeto que es imaginado y edificado desde un *nosotros*. Es decir, gracias a esa ausencia se proyectaron las diferencias para pensar la definición de “cultura nacional” en Chile. Entonces, *chilenizar* Atacama agregó una huella de profanación y de exhumación cotidiana de los cementerios, una ardorosa apostasía para el mundo cristiano que sobrellevó la estructuración de una impertinencia.

Eso ocurrió en una sociedad que quería exhibirse desde una “agencia del progreso”, desde la “disci-

Destruir el cementerio y cavar en el desierto nos habla además de la propia pobreza y de la precariedad de la vida para los chilenos que situaron en los muertos de Cobija un puente para la sobrevivencia, aunando a aquella situación la propia morbosidad del acto, una extraña pulsión de violencia.

plina”, la sensatez y el “sentido de patria”³. Incluyendo la idea supuesta, claramente, de “alma única, viva, una fuerza vital unificada y unificadora que impulsaba a su pueblo a proyectar su expansión” (Salazar, 2019, p. 47).

Destruir el cementerio y cavar en el desierto nos habla además de la propia pobreza y de la precariedad de la vida para los chilenos que situaron en los muertos de Cobija un puente para la sobrevivencia, aunando a aquella situación la propia morbosidad del acto, una extraña pulsión de violencia. Era una curiosa transición de muertos nacionales que, por efecto de una guerra minera, se transformaron en “muertos extranjeros”, sin siquiera trasladarse sus cuerpos.

La movilización y la alteración de los cuerpos muertos fueron otras formas de despojar. Tal como una tropelía propia de la guerra, aquel campo de difuntos fue el otro terreno invadido por los soldados de la delincuencia, esta vez reflejando en un tipo de agencia del mundo popular, el llamado *bajo pueblo*. Fue la intervención en el cuerpo de un vencido, sobrepasando los propios códigos consuetudinarios y jurídicos del derecho a la sepultura. No obstante, esas acciones poco decorosas

3 La base que intentaba sustentar esa poética de la guerra y la construcción de una alteridad eran el darwinismo, el organicismo *spenceriano*, el positivismo, la idea de “nación”, el racismo científico y la oposición entre mestizaje y “purismo de raza”. En ese escenario, no fue casual que, al menos en la primera mitad del siglo XX, los libros más difundidos y exitosos en Chile fueran aquellos que sacralizaban aquellas imágenes del “roto chileno”. Están, por ejemplo, los libros de Francisco Encina, *Historia de Chile* (1940-1952); de Nicolás Palacios, *Raza Chilena* (1904); de Roberto Hernández, *El Roto Chileno* (1929); de Luis Durand, *Presencia de Chile* (1942); y, finalmente, de Oreste Plath, *Epopeya del Roto Chileno* (1957).

no resultan paradójicas ni extrañas en una sociedad chilena donde sus héroes militares y sus agentes de armas han estado históricamente caracterizados por el latrocinio y la cleptomanía, incluso hasta el tiempo presente.

Como ya es sabido, el saqueo y el pillaje tanto en Lima como en variadas ciudades peruanas y bolivianas durante la guerra del Pacífico por parte de los chilenos fue de una alta energía; libros, máquinas, esculturas, ornamentos y diversos bienes culturales allegaron a bibliotecas, museos, plazas y casas particulares de Chile. Como ya es archisabido, la costa actual chilena de Atacama responde a una cartografía de la rapacidad del capitalismo minero.

Resarcimiento simbólico

Más allá de aquellas consideraciones, cabe indicar que, ante la escena de dismantelamientos y ante la ineficacia de la protección que deben brindan los agentes territoriales del Estado, desde hace menos de una década, año tras año, en la antesala del Día de Todos los Santos, un grupo de mujeres de Tocopilla marcha ceremoniosamente en romería al compás de cumbias y de caporales que interpreta una banda musical camino hacia el cementerio de Cobija. La sonoridad y la armonía de la banda musical acompañan la práctica de un nuevo y singular ritual religioso y popular que se transformó, hace muy pocos años, en tradición en el desierto costero con trabada poética de la muerte.



Romería de mujeres y de jóvenes en el cementerio de Cobija para instalar coronas de flores de hojalata, una forma de resarcimiento y de reparación frente al histórico daño causado en aquel cementerio patrimonial. Fotografías del archivo personal de Damir Galaz-Mandakovic (noviembre de 2017).

Aquellas mujeres, junto a algunos niños, llegan hasta ese cementerio y depositan una centena de ofrendas metálicas en cada una de las precarias tumbas o sobre algunos túmulos. Aquellas coronas de flores de hojalata son construidas por ellas mismas en talleres comunitarios realizados con varios meses de anticipación. Así, la instalación de coronas ayuda a colorear el cementerio y las cruces herrumbrosas de maderas roídas y manchadas por las brumas litoraleñas que están situadas sobre los sepulcros y los túmulos que contienen cuerpos de mujeres, mineros, portuarios, niños y autoridades

olvidadas. No solo asisten al cementerio de Cobija, sino también al cementerio infantil del desaparecido poblado de Gatico (situado a 13 kilómetros al norte), verdadero archivo sombrío de las calamidades sanitarias atestiguadas en las minas y en el puerto, donde niños y guaguas de padres cobijeños sufrieron por diversas enfermedades, muchas de ellas relacionadas con los intestinos, especialmente la fiebre tifoidea, por consumir aguas de baja calidad, además de anemias, cólicos nefríticos y hepáticos, estreñimientos crónicos, alfombrilla, coqueluche y erisipela, entre otras enfermedades.



Arriba, la península de Cobija en la actualidad. Abajo, un muro del cementerio con un conmovedor mensaje para persuadir y detener a los profanadores. Fotografías del archivo personal de Damir Galaz-Mandakovic.

Ambos cementerios, el de Cobija y el de Gatico, situados al borde de la carretera que une a Tocopilla con Antofagasta, son testimonio tanto de los daños antrópicos de larga data ya descritos como de los daños ambientales, especialmente por los aluviones y por la propia erosión solar y del viento, al igual que los tránsitos materiales y simbólicos de los rituales de la sepultura:

de la comida depositada como ofrenda en los primeros ataúdes se transitó hacia las flores de papel que, carbonizadas por los rayos solares y destruidas por la brisa marina, demandaron la fabricación de flores de hojalatería como ofrenda. Fue de ese modo que se apostó también por el reciclaje de las calaminas, los tarros de leche y las latas de jurel y de atún.



Cementerio de Cobija en 2019, donde se aprecian las profanadas tumbas y los muros erosionados por la acción ambiental y humana. La fecha del portal remite a la época de la instalación de aquella puerta por la municipalidad de Cobija, institución creada en 1894. Fotografías de Daniela Cerro San Martín.

La técnica femenina con sus secretos y sus creaciones, más los colores, los materiales y los archivos mortuorios son una nueva forma de reescritura social en una costa árida que, año tras año, revive y se revalora con una peregrinación popular llena de tonalidades, música, oraciones y memoria. Las limpiezas de los sitios se adhieren como actividad para visibilizar el valor patrimonial de aquellos cementerios. No obstante, al valor más trascendente de esa acción femenina tiene que ver con que es una manera de resarcir y de desagraviar los daños ingentes que compuso la sociología de la cleptomanía necrófila de algunos chilenos que, por su ambición pecuniaria, fueron capaces de destruir las tumbas de los antiguos habitantes del litoral boliviano.

De ese modo, son nuevas conciencias contemporáneas las que tributan un pasado y ejercen nuevos puentes de integración simbólica entre los pueblos de Chile y de Bolivia, puentes que merecen ser ampliados y consolidados por las sociedades del siglo XXI.

Bibliografía

- Acevedo, A. (1931). *Croquis chilenos (Crónicas y relatos)*. Empresa Zig-Zag.
- Boyd, N. (1881). *Chili: sketches of Chili and the Chileans during the war 1879-1880*. Printed Woodfall & Kinder.
- Collao, J. (2001). *Historia de Tocopilla*. Ediciones Frontera.
- Comisión Central del Censo 1907 (1908). *Censo de la República de Chile 1907*. Imprenta Universo.
- Dirección General de Estadísticas (1920). *IX Censo de la población de la República de Chile*. Soc. Imp. Litografía Universo.
- Flores, N; Rivera, J. y Rivera, F. (2005). *El ayer de Cobija y Gatico. Presencia de la Iglesia Católica*. Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte.
- Galaz-Mandakovic, D. (2020). *Memorias de la ciudad de Gatico. Minería y sociedad (1832-1940)*. Pampa Negra Ediciones.
- Galaz-Mandakovic, D. (2022). De “la madre del litoral” a “ciudad muerta”. Continuidades, agencias populares y declinación de Cobija en su etapa chilena (1877-1931). *Tiempo histórico*, (24), 43-73. <https://dx.doi.org/10.25074/th.v0i24.2230>
- Gardaix, J. (1924). Invocación. Entre ruinas, a Cobija. En *La Ilustración, octubre de 1924*. Imprenta Skarnic.
- González Ferrúz, S. (1920). *Norte bravo*. En Flores, N.; Rivera, J. y Rivera, F., *El ayer de Cobija y Gatico. Presencia de la Iglesia Católica*, pp. 285-390. Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte.
- Morales, H. (2013). Construcción social de la etnicidad: *ego* y *alter* en Atacama. *Estudios Atacameños*, (46), 145-164. https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-10432013000200009
- Oficina Central de Estadística en Santiago (1889). *Sexto Censo Jeneral de la Población de Chile levantado el 26 de noviembre de 1885 y compilado por la Oficina Central de Estadística en Santiago*. Imprenta de La Patria.
- Oficina Central de Estadística. 1900. *Sétimo Censo Jeneral de la Población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895*. Imprenta del Universo de Guillermo Helfman.
- Pomar, L. (1887). *Exploración hidrográfica del litoral de Antofagasta*. Imprenta Nacional.
- Salazar, G. (2019). *El Ejército de Chile y la soberanía popular*. Editorial Debate.
- San Martín, H. (1972). *Geografía humana de Chile*. Empresa Editora Nacional Quimantú.
- Vidal, H. (1989). *Mitología militar chilena: surrealismo desde el superego*. Institute for the Study of Ideologies.

Hemerografía

El Diario (La Paz, Bolivia, 1952).

El Eco de la Opinión (Sucre, Bolivia, 1952).

El Ferrocarril (La Paz, Bolivia, 1877).

El Industrial (Antofagasta, Chile, 1884, 1900).

El Mercurio de Valparaíso (Valparaíso, Chile, 1908).

Documentación del Archivo Gobernación de Tocopilla (AGT)

AGT, Copia de Oficio N° 8, *Al Sr. Alcalde de Tocopilla*, 17 de junio de 1927. Remite: C. Illanes.

AGT, Informe delegación rural de Gatico, Oficio N° 51, *Al Sr. Alcalde F. Choloux*, 25 de septiembre de 1927. Firma: C. Illanes.

Recepción: 14 de septiembre de 2022

Aprobación: 15 de octubre de 2022

Publicación: 28 de diciembre de 2022